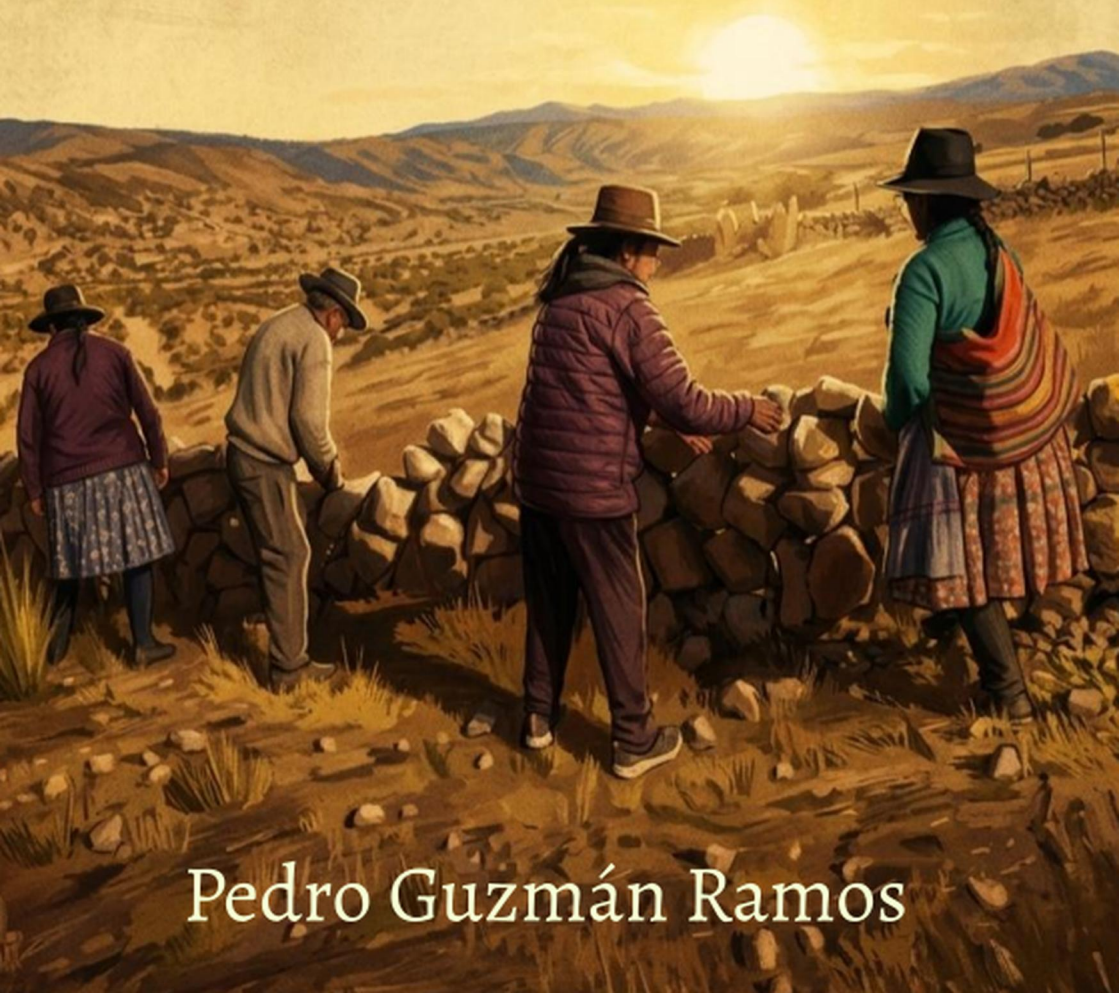


Libertad en los Andes



Pedro Guzmán Ramos

Libertad en los Andes

Pedro Guzmán Ramos

A mis abuelos, que me dieron mi identidad andina.

Ama sua, ama llulla, ama quella.

*El Estado es la gran ficción mediante la cual
todos se esfuerzan por vivir a costa de todos.*

Frédéric Bastiat

Índice

Prólogo. La libertad bajó de los Andes, no llegó a ellos	8
Parte I. Fundamentos	13
Capítulo 1. Libertad no es egoísmo: el <i>ayni</i> ya lo sabía	14
Capítulo 2. Orden sin amo: por qué la feria funciona y el trámite no	23
Capítulo 3. El verdadero patrón: el centralismo decide, los Andes pagan	29
Capítulo 4. Los dos que mataron desde arriba: Sendero y Fujimori	36
Capítulo 5. El bono que te compra	44
Parte II. Los pilares	50
Capítulo 6. Tierra y capital: la tierra muerta	51
Capítulo 7. Agricultura: del agricultor de subsistencia al dueño de su cosecha	58
Capítulo 8. Economía: el emprendedor informal, héroe tratado como delincuente	64
Capítulo 9. Justicia: las <i>rondas</i> campesinas, la justicia que sí llega	70
Capítulo 10. Salud: curar cerca	77
Capítulo 11. El hospital nuevo y vacío	83
Capítulo 12. Educación: para pensar, no para obedecer	91
Capítulo 13. Fe y fiesta: la libertad de creer	99
Capítulo 14. Cultura e identidad: ser libre sin dejar de ser andino	105
Capítulo 15. Cultura viva: cuando el <i>huayno</i> vuelve por la radio	115
Parte III. El Perú que se gobierna a sí mismo	124
Capítulo 16. Autogobierno local: decidir cerca, decidir bien	125
Capítulo 17. Agua: la guerra más silenciosa	131
Capítulo 18. Recursos y minería: cuando el dueño es el último en enterarse	138

Capítulo 19. El verdadero ecologista	144
Capítulo 20. La mujer andina: la que sostiene todo	150
Capítulo 21. La corrupción de las élites: casi todos bajo sospecha	156
Capítulo 22. Migración y diáspora: el desborde	162
Capítulo 23. Vejez: los que se quedan	168
Capítulo 24. El celular que rompió el cerco	173
Capítulo 25. Alcohol: cuando la botella se tragó la fiesta	179
Capítulo 26. Seguridad: cuando el criminal se vuelve patrón	189
Capítulo 27. Lima: la cola que también sangra	202
Epílogo. La libertad que ya era nuestra	211

Prólogo

La libertad bajó de los Andes, no llegó a ellos

AURELIANO Huaytalla llega a la feria antes de que el sol toque la plaza. Camina con el paso firme de sus *ojotas* gastadas. Viene a vender papa. Trae dos sacos en la espalda, una manta doblada, su hija medio dormida y la cuenta exacta de lo que necesita juntar para volver tranquilo a casa. Tiene las manos frías, las *ojotas* con tierra y esa forma de mirar que tiene quien ya aprendió a calcular el clima, el precio y el peligro antes de hablar. No ha pedido permiso a ningún ministro. No ha esperado que un partido le enseñe a organizarse. Llega, saluda, acomoda su puesto, reconoce a quien le debe, cobra a quien le fió, mira el cielo, calcula el precio y empieza el día. A su alrededor, otros hacen lo mismo. Nadie dirige la feria, y sin embargo la feria funciona.

A media mañana, el equilibrio de la feria se rompe. No son compradores los que se acercan a su puesto.

El primero en aparecer es Rodrigo Salaverry. No es cualquier hombre de derecha. Es la derecha ultraliberal, la que sueña con un país anarcocapitalista donde todo sea contrato, propiedad privada y mercado sin Estado.

Baja de una camioneta blanca, con camisa planchada, zapatos que no han pisado barro y un discurso listo para televisión. Le da la mano a Aureliano, mira la feria como quien mira un desorden tolerable y le dice:

“Cuidado, Aureliano. Viene el comunismo”.

Rodrigo habla de propiedad, de mercado, de inversión, de libertad. Usa esas palabras como monedas brillantes. Pero cuando Aureliano le dice que quiere título para su *chacra*, carretera para sacar su papa, respeto para su puesto en la feria y reconocimiento para la *ronda* que cuida su camino, Rodrigo cambia la cara. Ahí ya no ve libertad. Ve informalidad. Ve atraso. Ve un problema que hay que ordenar desde una oficina. A Aureliano le vende libertad, sí, pero una libertad que llega tarde. Cuando el grande ya tiene abogado, registro, contrato y puerta abierta.

Más tarde, cuando el sol ya quema, se acerca otro hombre que tampoco ha venido a comprar. El segundo se llama Mateo Huarcaya. No es cualquier hombre de izquierda. Es la izquierda socialista, la que sueña con un país donde el Estado planifique, reparta, corrija y conduzca al pueblo hacia la igualdad. Llega con chaleco de organización, cuaderno bajo el brazo y gesto de quien viene a despertar al pueblo. Se sienta en una piedra, mira a Aureliano con gravedad y le dice:

“Cuidado, Aureliano. Viene el neoliberalismo”.

Justicia, comunidad, igualdad, pueblo: Mateo pone esas palabras sobre los hombros del comunero como quien pone una manta. Pero cuando Aureliano le dice que quiere vender sin permiso, decidir sobre su tierra, ahorrar, prosperar, defenderse con su *ronda* y no deberle obediencia a ningún partido, Mateo también cambia la cara. Ahí ya no ve pueblo; ve una desviación individualista, una comunidad que debe ser conducida desde el

Estado. La justicia que le ofrece a Aureliano exige sumisión. Primero el plan, primero el ministerio, primero la vanguardia, después la gente.

Aureliano escucha a Rodrigo y escucha a Mateo. No porque sea ingenuo, sino porque ha aprendido a escuchar a todo el que baja prometiendo salvarlo. Los ve enfrentados desde sus mundos opuestos, cada uno seguro de ser el remedio contra el otro, y entiende algo que ellos no entienden. Los dos dicen odiar al amo, pero los dos quieren sentarse en su silla.

Esa es la pelea falsa que nos vendieron. Rodrigo, la derecha ultraliberal, asusta con el comunismo. Mateo, la izquierda socialista, asusta con el neoliberalismo. Rodrigo promete salvarte del Estado y puede terminar dejándote solo frente al más fuerte. Mateo promete salvarte del mercado y puede terminar encerrándote bajo un Estado enorme. Incluso en sus sueños más bonitos, los dos dicen que quieren un mundo donde nadie mande a nadie. El de izquierda sueña con una comunidad donde todos sean iguales y no haga falta un gobierno. El de derecha sueña con un mundo donde cada uno sea dueño de lo suyo y nadie se meta en sus negocios. Suenan bien. Pero cuando la libertad se inventa en un escritorio, con teorías perfectas que no conocen el barro de la feria, siempre termina igual. Siempre aparece un jefe, un burócrata o un “salvador” que se ofrece para mandar sobre los demás en nombre de esa libertad.

Este libro nace contra ese engaño.

La libertad no es un permiso de los partidos ni un trofeo para el más fuerte. No es una palabra que haya que traer en barco, traducida de otro idioma, para enseñársela al hombre que cargó papa toda su vida. No es una lección que el andino deba aprender de los señores que nunca pisaron la *puna*. La libertad ya estaba aquí, solo que no tenía ese nombre de biblioteca. Estaba en la feria, en el *ayni*, en la *minka*, en la *ronda*, en la comunidad que se ayuda, comercia, decide, sanciona y se defiende sin pedir permiso.

Sube a cualquier feria un domingo en la sierra. Ningún ministerio reparte los puestos. Ningún funcionario fija el precio de la hierba, de la papa o de las ollas. Ninguna ley dice a qué hora debe llegar la casera ni a quién debe fiarle. Y sin embargo hay orden. Hay reputación. Hay crédito sin papel. Hay castigo para el tramposo y confianza para el cumplido. Eso que los pensadores de la libertad llamaron “orden espontáneo” es lo que Aureliano vive cada domingo. La feria no necesita un jefe porque la gente libre sabe cómo entenderse con los demás.

Mira el *ayni*. Hoy te ayudo a techar tu casa; mañana me ayudas con la cosecha. Nadie firma un contrato, nadie va al juzgado, nadie necesita un sello para cumplir su palabra. Lo mismo pasa con la *minka*, cuando el pueblo arregla el canal que riega a todos, y con las *rondas* campesinas, que cuidan caminos donde el Estado nunca llegó y hacen justicia donde el juez queda a horas. Todo eso es libertad. No la libertad sola, la que se olvida del vecino, ni la comunidad obediente que vive arrodillada ante el Estado. Es otra cosa. Es libertad con reciprocidad, orden sin amo y comunidad sin patrón.

Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué un pueblo que sabía gobernarse terminó pidiendo permiso para casi todo?

Pasó el centralismo. Primero el virreinato, que mandaba desde un palacio a gente que nunca vio. Después la hacienda, que convirtió al dueño de su tierra en peón de la tierra ajena. Y por último, el Estado centralista moderno, que no reconoce tu casa porque no tiene papel, no deja crecer tu negocio porque no está en su registro, no respeta tu *ronda* porque no nació en su escritorio, y decide desde una oficina con vista al mar cómo debe vivir alguien al que jamás escuchó.

El enemigo de la libertad andina nunca fue el mercado. Nunca fue la comunidad. Fue el poder que se concentra lejos y decide por ti.

Este libro no viene a traerte una idea de afuera. Viene a devolvarte una que ya era tuya. En cada capítulo vas a encontrar dos caminos. Primero, el retrato de cómo estamos hoy, con trámites que no acaban, tierras sin papeles, colegios que no enseñan y jóvenes que se van porque no encuentran futuro. Después, el camino de cómo podríamos estar si recuperáramos lo que ya sabíamos hacer, que es decidir por nuestra cuenta, trabajar juntos y ser dueños de verdad de nuestro destino.

No te pido que creas en una ideología. Te pido algo más simple. Mira tu feria, tu *ayni*, tu *ronda* y tu comunidad. Mira eso que ya funciona antes de que llegue cualquier funcionario con un sello. Mira esa libertad humilde, de todos los días, que el Perú de arriba nunca quiso ver.

La libertad no tiene que llegar a los Andes. Solo tiene que bajar de ellos otra vez.

Parte I

Fundamentos:

qué es la libertad y quién la pisa

Capítulo 1

Libertad no es egoísmo: el *ayni* ya lo sabía

HAY un hombre cargando adobes en la espalda. Pongámoslo en Coracora, aunque podría ser en Pampas, en Celendín o en cualquiera de los mil pueblos de este país, que para el caso es el mismo hombre. Es de madrugada y hace frío del que duele en los huesos. No le pagan. Nadie lo obliga. Está levantando la casa de su vecino, adobe a adobe, porque hace dos cosechas ese vecino vino a levantar la suya. No firmaron nada. No hay contrato, no hay abogado, no hay sello del Estado. Hay algo más viejo y más fuerte que todo eso. Hay palabra.

Eso se llama *ayni*. Y antes de que sigas leyendo, quiero que entiendas una cosa, porque de ella depende todo el libro. Ese hombre no es un santo y no es un tonto. No está cargando adobes por caridad ni porque sea mejor persona que tú. Está cargando adobes porque sabe, como lo supieron su padre y el padre de su padre, que mañana le va a tocar a él necesitar manos, y que el día que las necesite, van a estar ahí. El *ayni* no es sacrificio. Es la forma más inteligente que encontró el más pobre de la tierra para no estar nunca solo.

Y sin embargo, míralo bien. Porque este hombre, el que nunca dejó solo a nadie, es exactamente el que todos van a dejar solo al final. Vamos a volver a esa imagen muchas veces.

Lo que nos dijeron de la libertad, y por qué es mentira

Nos enseñaron que la libertad es el reino del egoísmo. Que ser libre es “yo hago lo que quiero y al resto que lo parta un rayo”. Nos pintaron al hombre libre como un ser solitario, un tipo con plata que no le debe nada a nadie. Y como en los Andes nadie vive así, como aquí nadie sobrevive solo, a tres mil metros, contra el granizo y la helada, nos hicieron creer que la libertad no era para nosotros. Que era cosa de gringos, de élitos, de gente de saco y corbata.

Mentira. La mentira más cara que nos han cobrado.

Porque resulta que los grandes pensadores de la libertad, los que de verdad la estudiaron, descubrieron justo lo contrario. Una mujer, Elinor Ostrom, se ganó el Premio Nobel de Economía en 2009 por demostrar, con cientos de casos reales, regándose los zapatos en comunidades de todo el mundo, que la gente común sí puede gobernar lo que es de todos sin que el Estado la mande y sin tener que repartirse todo en pedazos egoístas.¹ El agua, los pastos, el bosque. Lo que ella pasó la vida probando con estadísticas, tu abuela lo sabía sin haber ido a la universidad. Lo sabía cada vez que organizaba la faena para limpiar el canal de riego del que toman todos.

Eso tiene un nombre fino, *cooperación voluntaria*, *orden espontáneo*. Y tiene un nombre nuestro, *ayni*, *minka*, faena. Es lo mismo. La diferencia es que

¹Elinor Ostrom, *El gobierno de los bienes comunes* (1990). Premio Nobel de Economía 2009.

a nosotros nos lo enseñaron como folklore, como cosa de museo, cuando en realidad es teoría política de primer nivel caminando con *ojotas*.

Y que nadie crea que esto es una bonita invención mía. La reciprocidad andina es uno de los hechos más estudiados de nuestra historia. Durante medio siglo, generaciones de antropólogos fueron comunidad por comunidad anotando cómo funciona el *ayni*, con qué reglas, qué se devuelve, qué pasa si uno no cumple.² No es poesía indigenista; es ciencia social con medio siglo de respaldo. El que la llama “atraso” o “folklore” no es que sepa más; es que no leyó.

El truco más sucio: confundir ayudarse con obedecer

Aquí viene la trampa que este libro existe para destruir. De aquí no nos movemos en doscientas páginas.

Hubo un hombre brillante, el más brillante quizá que dio este país, José Carlos Mariátegui. Tísico, con una sola pierna sana, escribiendo desde una silla de ruedas, miró a la comunidad andina y se enamoró de ella. Y tenía razón en enamorarse. Pero le puso el nombre equivocado. La llamó “comunismo incaico”. Dijo, miren, los Andes ya eran socialistas, el *ayllu* es la prueba de que el socialismo es nuestro destino.

Y lo querían tanto, esa idea era tan hermosa, que casi nadie se atrevió a corregirla en cien años.

Pero hay que corregirla. Con cariño, pero hay que hacerlo. Porque el antropólogo John Murra, que se pasó la vida estudiando la economía de los Incas como nadie, demostró que en el mundo andino había dos cosas distintas, no una:

²Giorgio Alberti y Enrique Mayer (eds.), *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*, IEP, 1974.

- Estaba el *ayni* y la *minka*, la ayuda entre familias, de igual a igual, de vecino a vecino. Nadie mandaba. Libre. Voluntaria. *Horizontal*.
- Y estaba la *mita*, el trabajo forzado que el Estado inca te arrancaba para sus obras, sus guerras, sus minas. No la elegías. Te tocaba. *Vertical, de arriba hacia abajo*.

¿Te das cuenta de lo que esto significa? Mariátegui se enamoró de la mitad equivocada. El socialismo que él celebraba del incanato era la *mita*, era la parte que obligaba, la que oprimía, la que mandaba desde el Cusco sobre gente que nunca opinó. La libertad andina nunca estuvo en el imperio. Estuvo siempre abajo, en el *ayllu*, en el *ayni*, en la palabra empeñada del hombre que carga adobes de madrugada.

La izquierda peruana lleva un siglo abrazando al Estado inca creyendo que abraza a la comunidad. Y no. Abraza al que mandaba. Le da la espalda, sin saberlo, al que ayudaba.

Y conste que el error no fue solo de Mariátegui. Lo repitió buena parte de una generación hermosa y equivocada, la de los indigenistas, los que por fin miraron a la sierra y dijeron en voz alta lo que los señores de la costa no querían oír, que el indio valía, que la comunidad estaba viva, que el Perú no era solo Lima. A ellos hay que honrarlos, porque vieron lo que nadie quería ver. Pero muchos dieron el mismo mal paso, amaron tanto a la comunidad que se la quisieron entregar al Estado para que la cuidara, sin ver que entregársela al Estado era matarla. Quisieron salvar desde arriba a la única que sabía vivir desde abajo.

Antes de ellos, Manuel González Prada había gritado otra cosa. No fue indigenista en ese sentido, y por eso importa. Dijo algo que este libro firma entero: que el indio no se salva esperando la bondad del de arriba, sino aprendiendo a valerse y a defenderse solo. Ahí estaba la intuición correcta, no en convertir al indio en protegido del Estado, sino en quitarle au-

toridad moral al patrón, al cura, al gamonal y a todo el que pretendiera hablar por él.

El que tampoco cayó del todo en esa trampa fue José María Arguedas, que no quiso ni mandar al indio ni congelarlo, sino que vivió partido entre los dos mundos y soñó un país de todas las sangres. A eso venimos, a quedarnos con el ojo de los indigenistas, el que vio la comunidad viva, y a rechazar el gesto que quiso ponerla bajo tutela del Estado.

Pero del otro lado tampoco nos quisieron

Ahora, para que nadie crea que este es un libro contra la izquierda y a favor de la derecha, porque no lo es, y quiero que eso quede grabado a fuego, crucemos al otro lado del río.

Del otro lado está Mario Vargas Llosa, nuestro Nobel, el patriarca del liberalismo peruano. Defendió la libertad con una valentía que hay que reconocerle. Pero en su libro *La utopía arcaica* miró lo andino, la comunidad, el mundo indígena, y lo interpretó casi todo como una ficción nostálgica, como un cuento bonito que estorba el progreso. Como si para ser moderno, para ser libre, el indio tuviera que dejar de ser indio.

Y ahí Vargas Llosa, que tenía razón en tantas cosas, se equivocó en la más importante. Porque al botar el mito, botó también la realidad. Tenía razón en desconfiar del cuento idealizado del incanato perfecto. Pero al rechazarlo, terminó despreciando la reciprocidad andina que no es pasado, que no es museo, que está viva esta mañana en el hombre de los adobes, en la feria del domingo, en la *ronda* que cuida el camino. Eso funciona. Eso existe. No es arcaísmo. Es un orden libre, en pie, ahora mismo.

Entonces, mira el cuadro completo: la soledad del hombre de los adobes.

La izquierda lo quiere, pero para mandarlo desde el Estado, para convertirlo en pieza de su revolución. La derecha lo dejaría libre, pero a condición de que deje de ser quien es, de que se borre, de que se vuelva otro. Ninguno de los dos lo quiere tal como es, libre y andino a la vez. Uno le ofrece comunidad sin libertad. El otro, libertad sin comunidad. Y él, el que carga los adobes, necesita las dos cosas, porque las dos cosas siempre fueron, para él, la misma cosa.

Por eso al final se queda solo. No porque sea débil. Porque nadie, en cien años de política peruana, se ha atrevido a quererlo entero.

Este libro se atreve.

El hombre que ayuda a todos y a quien nadie ayuda

Bajemos del cielo de las ideas al barro de hoy. Porque la teoría es bonita, pero el hombre de los adobes vive en el Perú real de este año, no en un libro.

Hoy ese hombre sigue haciendo *ayni*. Sigue poniendo el hombro en la faena. Sigue prestando y devolviendo sin papeles. Su comunidad sigue organizando el riego, la cosecha, la fiesta, el velorio. Todo ese orden inmenso, gratis, que ningún ministerio podría pagar ni administrar, lo sostiene él, de abajo, como lo sostuvo siempre.

¿Y qué recibe del de arriba?

Recibe una posta de salud sin médico en Pomabamba. Una escuela en Huamachuco donde le enseñan a su hijo en un idioma y con una historia que no son los suyos, para que el chico aprenda, sobre todo, que su mundo vale menos. Recibe un trámite de seis meses en Curahuasi para titular la *chacra* que su familia trabaja hace cuatro generaciones. Un precio

fijado en una oficina de la capital por alguien que no sabe lo que cuesta sembrar en la altura. Y, si tiene mala suerte, a un funcionario que le pide coima para sellar lo que es suyo.

Da todo. Recibe desprecio con membrete.

Y esto no es una queja con la mano en el pecho. En el campo, cuatro de cada diez personas son pobres, y casi ninguna abre un caño con agua segura en su casa.³ En pueblos enteros de Huancavelica, de Puno o de la selva de Loreto, la mayoría de la gente no tiene ni agua, ni desagüe, ni luz, ni señal, nada de lo que cualquier peruano urbano con servicios da por hecho al despertar. Esas cifras no retratan a un país pobre en general, sino a una mitad del Perú, la sierra y la selva, a la que su propio Estado le dio la espalda con método. El hombre de los adobes no es pobre porque sea flojo ni porque su tierra sea mala. Es pobre porque vive en la mitad del país que el de arriba decidió no atender.

Y cuando llega la violencia, porque en este país, al más débil siempre le llega la violencia, le llega de los dos lados, como veremos en este libro sin ahorrarnos nada. Le llegó Sendero, que decía pelear por él y le quemó el pueblo en Cangallo si no obedecía. Y le llegó el Estado que decía protegerlo y esterilizó a su mujer en Anta sin que nadie le explicara, en su idioma, lo que le estaban haciendo al cuerpo. El de arriba de izquierda y el de arriba de derecha se dieron la mano sobre su espalda. Y él, otra vez, solo.

Esa es la foto de hoy. Duele. Tiene que doler.

³ INEI, 2023: pobreza monetaria rural 39,8%; 97,5% del área rural sin agua gestionada de forma segura.

El día que no lo dejen solo

Pero este no es un libro de lamentos. El que solo se queja le hace el juego al de arriba, porque la queja no cambia nada y a ellos les conviene que sigas quejándote sentado.

Entonces, ¿cómo sería si en vez de ahogar al hombre de los adobes, simplemente le soltaran la mano?

No hace falta inventar nada. No hace falta una revolución ni un mesías ni un nuevo decreto genial desde la capital. Al contrario, lo que hace falta es que el poder central deje de decretar sobre lo que no entiende. Que el Estado haga lo único que de verdad le toca, reconocer y no estorbar.

Imagina que su *chacra* se titula en una semana, no en un año, y que ese título deja de ser un papel muerto y se vuelve algo vivo en sus manos: la garantía con que pide un crédito, la semilla de un negocio, la herencia segura de sus hijos. Imagina que la comunidad puede ser dueña *como comunidad*, sin que nadie la obligue a partirse en pedazos ni a colectivizarse por la fuerza, porque la ley reconoce lo que el *ayllu* ya es, una sociedad libre de propietarios que decidieron juntarse. La posta, manejada y fiscalizada por la propia comunidad. La escuela enseñando en quechua y en español, en su historia y en la del mundo, sin pedirle al niño que se avergüence. Y la justicia cercana, la *ronda*, que ya existe, que ya funciona, que ya derrotó a Sendero cuando el Estado no pudo, respetada en vez de perseguida.

En Chivay, en Pampas, en Chota, en mil rincones del Perú, la gente ya vive así a pedazos, a pesar del de arriba, no gracias a él. Este libro propone lo que el hombre de los adobes ya hace, multiplicado por un país que por fin le suelte la mano.

Te lo digo claro, para que cierres este capítulo sabiendo exactamente con quién estás tratando.

No estoy con la izquierda que quiere mandar al pueblo desde el Estado. No estoy con la derecha que quiere que el pueblo deje de ser pueblo. No estoy con Mariátegui cuando confunde la comunidad con el Estado inca, ni con Vargas Llosa cuando confunde lo andino con un cuento viejo. No estoy con Sendero ni con Fujimori, con el fusil que mata en nombre del pueblo ni con el bisturí que esteriliza en nombre del progreso. Y tampoco estoy en el medio de los dos, en ese centro que se cree sensato porque no se moja con ninguno. Pararse en el medio de los que mandan desde arriba es seguir estando arriba.

Estoy con el hombre que carga adobes de madrugada por su vecino. Estoy con la mujer que no firmó ningún consentimiento. Estoy con el comunero que patrulló su pueblo de noche mientras los señores discutían ideologías desde lejos.

Estoy abajo.

Y desde abajo te digo lo único que este libro vino a decir, y que vamos a repetir capítulo tras capítulo, hasta que no quede duda. La libertad no tiene que llegar a los Andes. Ya estaba aquí, en el *ayni*, mucho antes de que alguien la pusiera en un libro. Solo hay que dejar de pisarla.

El hombre de los adobes terminó su jornada. Mañana le toca a él necesitar manos. Y van a estar ahí.

Que no esté solo. Si la política sirve para algo, que sea para eso.

Aquí termina la muestra.

Faltan 26 capítulos más,
de la feria a la mina, del agua a Lima.

Libertad en los Andes

Pedro Jesús Guzmán Ramos

ISBN 978-612-03-2813-2 · Primera edición, 2026

Edición digital en Amazon

amazon.com/dp/B0HCXB894L

Índice, ensayos y doctrina

liberalismocomunal.org

Presentaciones y entrevistas

hola@liberalismocomunal.org

Muestra gratuita. Puedes compartirla completa y sin cambios.

© 2026 Pedro Jesús Guzmán Ramos. Todos los derechos reservados.